

«No sé si como el otro», acudí dubitativo.

«Se hizo famoso el otro con la historia», dijo sin mirarme, con los ojos en la calle Pinzón, mordiendo un poco la frase, como si tuviera bronca.

«Yo no soy famoso», aclaré.

Volvió a mirarme:

«Bueno, ¿y qué? ¿Quiere hacerse famoso ahora?», insinuó con ironía, pero en seguida pareció arrepentirse, dulcificó la expresión, descontrajo el ceño y la boca que mantenía apretada, tomó su vaso, lo levantó: «Bueno, brindemo por el encuentro. Humberto J. D'Arcángelo, a sus órdenes.» Le dije mi nombre.

«Mire, qué quiere que le diga», declaró pasándose la mano por la frente, como si quisiera descorrer un velo que se interpusiera entre el presente y aquellos lejanos recuerdos. «Yo no sé mucho más de lo que cuenta el libro; al contrario, sabía meno, porque de mucha cosa me desayuné cuando lo leí. El pibe era muy reservado, hablaba poco, y aunque vivimo junto un tiempo, en la misma pieza—él dormía en la cama del André, ese hermano menor que yo, que era medio loco y que por aquello tiempo se había ido pa Bahía Blanca—, yo no sabía nada o casi nada de qué era en lo que andaba metido el pibe. Usté sabe, con la cosa del corazón del hombre no hay que jeringuiar. Si te lo abre, lo escuchá y listo, y si te pide un consejo se lo da, que pa algo viste tanto de la vida y la experiencia te sirve, al meno, pa ayudar a otros. Pero si no te dice nada, yo, ni esta boca e mía. ¿Me comprende lo que le quiero decir?»

A todo esto habíamos terminado el vermouth. «¿Otra vuelta?», convidó Tito. Acepté. «Che, Chichín, otra vuelta pal señó y pa mí.»

Tito se había quedado callado, hojeaba la *Crítica*. «Otra ve lo tenemos a lo milico», murmuró. «Bueno, vaya con la novedá, del 30 p'acá lo tenemos cada do por tre. Vienen a limpiar, dicen, a poner orden y a terminar con la corrusión. Cada vuelta, el mismo verso. Luego, cuando se enllenanon lo bolsillo y no saben qué hacer con el paí, se lo largan a lo civile, yal cabo de tre o cuatro año de nuevo el mismo balurdo, que "hay que retablecer el orden y acabar con lo corruto", la excusa de siempre p'agarrar la manija y forrarse ello. ¡Qué paí de mierda!», dijo, cerrando el diario y tirándolo con rabia. «Si a la final, cuanto te avivaste que esto no e más que un cambalache, como dice el gran Discepolín, te da gana de dedicarte a juntar guita, y una ve que afanaste pa toda la cosecha, si ve un mendigo por la calle lo pateá; y si pa amarrocar tené que robarle el pan a la vieja, se lo robá y te quedá piola. Va a ver como encima todo te respetan y te llaman

"señó". Te tené que hacer duro, olvidarte del corazón y pensar sólo en vo, y despué, buena noche», concluyó estirándose las mangas del saco roto y ajustándose el nudo de la corbata raída, saco y corbata que parecían demostrar que él continuaba sin aplicar la teoría que, hoy como en el 55, predicaba tan apasionadamente.

«Sí», comenté, «la situación es la de costumbre, pero encuentro la ciudad más triste, la gente parece más desalentada o más egoísta, metida en sus asuntos, ocupándose de sus intereses personales exclusivamente.» Me lanzó una mirada aguda. Como si hubiera sido sorprendido por una apreciación atinada que no hubiera esperado y estuviera reconsiderando el valor que me había asignado en el primer momento.

Chichín había llegado con las botellas y llenaba los vasos.

«¿Qué le pone al cinzano?», preguntó Tito extrañado.

«Gin.»

«¡Qué me dice!», comentó con sorpresa. «E una cosa fina», dijo sin ironía. «¿Y qué tal, queda bien?»

«A mí me gusta. ¿Quiere probar?»

Me detuvo con un gesto de la mano abierta. «No, faltaría má. Yo soy fiel al cinzano con bitter, como lo tomé toda la vida y como lo tomaba mi viejo. Me acostumbré con él, cuando de purrete me llevaba al boliche con sus paisano. El viejo decía que en lugar de irme al café con lo vago del barrio y hacer quién sabe qué cosa, era preferible que estuviera con él al boliche, que así me tenía controlado. Se puede imaginar que al poco tiempo tomaba el vermouth con el viejo y después me iba con lo muchacho a donde se me cantaba, pero al viejo lo dejaba contento, qué va a hacerle, así e la vida», y en la boca de D'Arcángelo se dibujó una sonrisa pícara y a la vez ingenua, igual a la de un chico. Un aire nostálgico y soñador apareció en su cara, un poco como si lo tomara desprevenido, medio de a traición: «Ah, qué tiempo aquello», agregó para sí.

Lo miré sonriendo comprensivamente, pero su rostro ya se oscurecía. «Sabe que el viejo murió, ¿no? ¿No sabía? Sí, murió hace vario año. Pobre, ya estaba muerto en vida, desde que dejó el mateo. Con el reúma apena si podía caminar, y mucho pior desde que Bachicha le hizo lo del tasi. ¿Sabía? ¡Ah, claro!, si lo contaba el libro ese. Pobre viejo, al final sólo vivía de recuerdo, soñando con l'Italia, pensando en la niñé, imaginando que un día, ante de morirse, iba a volver al paese. ¡Pucha con la vida, son toda amargura!»

Le acerqué el platito de las aceitunas. Pinchó una sosteniéndola con el anular. «¿Qué le andaba diciendo?», preguntó, «porque con este asunto del paí terminé yéndome por las rama. Siempre me pasa

lo mismo; cuando me pongo a pensar las cosa que pasan a este paí me olvido de todo lo demás. ¡Ah, sí!», dijo golpeándose la frente; «le contaba que al pibe le di la cama de mi hermano André, el loco. Resulta que André hace unos años se apareció de vuelta por acá, estuvo uno mese con nosotros y un día se fue otra ve, quién sabe a dónde, sin tan siquiera decir chau, ni se despidió del viejo. No se enteró ni de cuándo se murió. Vaya a saber si él mismo no está muerto.» Reflexionó, miró a su alrededor, al salón, que había ido vaciándose de parroquianos, tomó un sorbo de su vaso. «No, seguro que no», continuó, «si a lo loco como el André nunca le pasa nada, tienen un dio a parte, tienen. Por ahí que el día meno pensado se me aparece: «Hola, Tito, ¿cómo va la vida?», y a la noche se acuesta en su cama como si tal cosa. Pero le contaba del pibe, que vivió conmigo un tiempo. Claro que yo me daba cuenta que algo le pasaba, lo veía amargado, el chico sufría, pero me imaginaba que era porque se había quedado sin laburo, ni pa morfar tenía. No le digo que a vece no me maliciaba que le pasaba otra cosa, cosa del cuore, sabe, porque se quedaba callado, má callado que de costumbre, y lo sojo se le llenaban de lágrima; pero yo me hacía el otario, como si no me avivara de nada, porque hay que saber respetar el dolor ajeno, y que un hombre llore por una mujer no e ninguna vergüenza. ¿Quién, por más macho que sea, puede asegurar que nunca le pasó una cosa así? A mí no me la cuentan. Pero el pibe era duro, se la aguantaba solo. Como yo también aquella ve.»

Se interrumpió, pareció arrepentirse de lo que había dicho, terminó su cinzano de un trago, se escarbó los dientes con el eterno palillo y se quedó pensativo, mirando la calle Pinzón.

«Bueno, si le parece vamo yendo», dijo. «¿Cuánto se debe, Chichín?» Chichín miró hacia arriba, hizo cuentas mentales. Saqué la cartera. D'Arcángelo me detuvo enérgicamente. «Faltaría má, esto e como si fuera mi casa, juego de local, yo invito.» Se despidió saludando con el diario: «Chau, hasta mañana.» Moví la cabeza en dirección a Chichín. «Chau, Tito, hasta mañana. Buena noche, señó», respondió Chichín.

Caminamos lentamente por Pinzón, doblamos hacia Brandsen. Al fondo apareció la sombra de la cancha. «Pucha, si este año lográramo obtener el campeonato», dijo Tito para sí. Parecía haberse olvidado de los argumentos definitivos con que le había demostrado a Chichín la imposibilidad de que ese hecho se verificara. Aventuró: «¿Le gusta el fóbal?», pero preguntaba con recelo, como si en el fondo estuviera convencido de que la pregunta era ociosa, ya que algo en mi manera de hablar y de vestir le obligaba a descartar una respuesta afirmativa.

«Sí», contesté, «y además soy de Boca». Se le iluminó la cara, preguntó con incredulidad: «¿Lo dice en serio?» «Sí, Tito», le aseguré, «y lo seguí muchos años». «Pero qué me dice», comentó sorprendido, como si de pronto descubriera que la buena nueva puede venir anunciada en los momentos más imprevisibles y de labios de las personas más inimaginables, pensando que después de todo la vida no es tan amarga como parece, y que hay motivos para mantener la esperanza, con un optimismo que, pese a todas sus manifestaciones en contrario, se mantenía vivo en el fondo de su corazón y que era perseverante e indestructible. Le tendí la mano: «Gracia, Tito. ¿Podré volver a visitarlo?» «Cuando quiera», respondió; «ya sabe dónde me encuentra».

Me dirigí hacia Patricios bajo los árboles que hacían más oscura la calle Brandsen. Los vecinos habían sacado las sillas a la calle y desde la penumbra de algún zaguán me asaltaban de repente fragmentos de conversaciones cuyo significado no alcanzaba a comprender, pero que, sin embargo, con los acentos peculiares de sus voces iban restableciendo, poco a poco, mi vieja comunicación instintiva y espontánea con la ciudad.

Al día siguiente, cuando aparecí por lo de Chichín, Tito ya estaba sentado a su mesa. Me llamó con la *Crítica*, sonriéndome alegremente. «¿Cómo andamo? ¿Bien? Siéntese. ¿Qué va a tomar? Tenía ganas de whisky, pero decidí repetir mi conocido cinzano con gin, primero porque dudaba de que Chichín tuviera algo más parecido al whisky que la «doble v», y segundo porque ya había sido suficiente la nota de exotismo del gin con que involuntariamente había desconcertado a Tito el día anterior, como para someterlo a una nueva prueba que pudiera terminar excitando su desconfianza.

Tito parecía de buen humor. Después del brindis me miró con atención, escrutándome, como si pretendiera investigar algo disimuladamente. «Seré indiscreto. ¿Usted, por un casual, anduvo por afuera?» «¿Por afuera cómo, Tito?» «Quiero decir no por el interior, sino por otro paíse, por l'Uropa.» Reconocí que así era y que hacía unos pocos días que había regresado. D'Arcángelo asintió aliviado, como quien comprueba una teoría compleja cuyo sentido intuía, pero que se resiste a ser demostrada racionalmente y se saca con ello un gran peso de encima. «Ya me parecía», dijo con un suspiro.

«¿Por qué?», sonreí.

Me miró un poco perplejo. «No sé, olfato», explicó acariciándose la nariz ganchuda. «Había algo en la forma de hablar, en lo gesto, en la ropa, qué sé yo, algo que me decía que, pese al acento porteño, usted no era de acá o hacía año que faltaba. ¿Y qué tal?»

Lo miré.